

haga, siempre habrá en el mundo más gente que nunca haya visto una obra de Shakespeare, o que no haya leído *Don Quijote*, que gente que sí lo ha hecho”³.

El día que el intelectual se convezna que la escritura ni quita ni pone, que es sólo un ejercicio hecho y consumido por ociosos que se sue-



len dar más importancia de la que tienen, ese día quizá la escritura quite o ponga. Cuando los escritores y los lectores dejen de creer que son diferentes a los demás, cuando tras el acto de escribir haya más vocación que afán de figuración, más trabajo disciplinado y autocrítico que vanidad, más deseo de escribir en soledad que ansiedad por ser entrevistados, cuando la literatura deje de ser farándula y los escritores dejen de salir en las secciones de sociales de las revistas de entretenimiento, ese día habrá cambiado para bien el panorama literario nacional.

Pensar que Gamboa o sus editores españoles están aprovechándose del mal nombre de Colombia con el objetivo de vender es una tontería. Puede ser que el lector español asocie a Bogotá con violencia y delito, pero la intención del libro no es injuriosa —ni siquiera literaria—, sólo comercial. Si hay un texto macabro, un argumento conmovedor y cruel en los últimos diez años en el que se recrea una Bogotá de crimen y miedo, es una crónica disfrazada de ficción firmada por García Márquez. Tan horrida es *Noticia de un secuestro* que al lector europeo le costó creer que se trataba de una historia real. ¿Por qué no se escuchó ninguna voz indignada agitando el nacionalismo tras la aparición de ese libro? ¿Por qué si se hizo alharaca tras la película de Schroder?

Es obvio que quien quiera satisfacer su vanidoso deseo de notoriedad, lo conseguirá más fácilmente si critica un vehículo más mediático, como la película de un extranjero, y no la prosa de un premio nobel.

A veces hay que recordar a los escritores que su único deber es escribir y tratar de hacerlo bien. Ésta es una de ellas.

CARLOS SOLER

1. “Noticia de un secuestro. Del realismo mágico al realismo macabro”, en Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 556, Madrid, octubre de 1996, págs. 127-131.
2. “Consideraciones desde Medellín”, en Kinetoscopio, núms. 56/57, Medellín, 2001, pág. 147.
3. Juan Ramón Iborra, *Confesionario: segunda parte. 25 entrevistas a escritores*, Barcelona, Ediciones B, 2002, pág. 197.

“Las imágenes extraviadas en la taimada oscuridad”

Los encantamientos

Fanny Buitrago
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2003, 124 págs.

Un relato nos brinda la posibilidad de ver otros espacios y otros tiempos, fluidos e inmóviles al unísono. Y es más, la memoria desplegada tras la narración nos permite vivir, sobrellevar y experimentar ese segundo espacio y el otro tiempo.

Suscitar la vivencia, mediante el movimiento de la remembranza, es uno de los propósitos de *Los encantamientos*. Para tal fin elude la simple transcripción del suceso; es decir, la convención de una oralidad:

No me remito ni al lenguaje ni a la fidelidad de cada historia, aunque todas conservan el fondo y trasfondo, la cadencia, los tonos, el fulgor sentido al bordear las

murallas de la magia, así como la intención de captar el reflejo de sus dueños y gestores. Aquí están, sin embargo, las vibraciones que la pasión y la fantasía transformaron y decantaron para alimentar mis propias imágenes, mixturas, palabras,

Fanny Buitrago invita a mirar a través del texto una atmósfera que queda capturada, con sus contornos y prolongaciones. Aunque parezca similar, el mundo del relato recrea de manera novedosa el mundo de lo real. El espacio del texto no es la simple copia del mundo real. Sus personajes aparecen suspendidos, detenidos en un tiempo que es más íntimo que cronológico. Por ejemplo, en su relato titulado *Retratos a la cera perdida*, Buitrago habla de su padre como un artífice del tiempo, un mago de la madera, conocedor de sus secretos. La narración desea entablar el episodio cuando don Tancredo, el padre, era constantemente tentado a aceptar un cargo público. Las reiteradas negativas ceden al desencantarse de la deshonestidad de la gente a la que vendió un ataúd.

La primera parte del relato da fe de la dimensión de su oficio, la segunda de la idea ajena de fabricar cajones de muerto, la tercera de la petición de hacer misericordia con una familia de forasteros, la cuarta de la decepción y el engaño, y la quinta de la aceptación del ofrecimiento burocrático y con él el viaje definitivo del pueblo a la ciudad.



La niña en su cristal es la aventura de un niño que debe ir solo de la casa al colegio. En el trayecto mira todo con asombro, va descubriendo detalles, los otros chicos, el vendedor ambulante, los charcos, la marcha de otro colegio en traje de gala, el billar de la cuadra, las señoras con

trajes multicolores y una niña extraña, encerrada dentro de un cubo transparente.

En su propio esplendor, a través del personaje de la tía María, informa acerca del otrora mundo de la radio, cuando aquel medio era el más escuchado. El relato transita por los secretos de la audiencia, el papel de la mujer en los años sesenta, las obsesiones de la tía, los problemas de la herencia y su fallecimiento alrededor de la comida y las lecturas de poesía. Bella atmósfera hallamos, junto a una enternecedora descripción del mundo.

Lumbre azul remueve los recuerdos de infancia, imágenes fijas como las piruetas de un mono llamado Tito, los días iniciales del colegio y la decisión de ser pintor por encima de los deseos familiares. Dice así con gran fervor: "El niño que fui no quiere ser olvidado. En sueños me tiene el caballete, elige los pinceles, traza la lumbre azul y la resonancia del mar esmaltado en la ciudad amurallada de otras tardes".

Escalera al diluvio describe la actitud de Emilio Infante, un retirado actor de teatro, cuya misión en tiempos de festival es asesinar al médico del pueblo. El destino y el azar se encargan de darle a la historia un desenlace sorpresivo.



De mapas arrepentimientos se constituye como una narración diferente. Localizada en Bogotá, se refiere a la defensa del padre Valerio Restrepo, cuando es acusado de no haber tocado las campanas durante la visita de monseñor Angelo Bassi. El padre esgrime diecisiete lúcidas razones que ponen en duda la legitimidad de la Iglesia y la pulcritud de algunos de sus actos.

Mañana, mañana el organillero parte del dolor por la muerte de un perro llamado Basho. Todo sucede en Villa de Leyva, durante la visita a Pablo Soler, esposo de Liliana, quien murió y fue sepultada en su propio jardín. Desde esa fecha los fantasmas se toman la casona donde vivían. Luego aparece la huida, el alejamiento de lo que será con el tiempo una ruina, el olvido.

Poemas gratuitos es un homenaje al pintor y escultor Oramas, texto creado entre el asombro y la ironía: "Con base en esa mi mano derecha que un día estrechó la del Maestro, elaboro magníficas réplicas, imitación cobre, plata, coral y jade". Extraño desarrollo le confiere Buitrago a este relato.

Danzan los caballos propone un recorrido muy urbano, colmado de los personajes característicos de las calles bogotanas: mensajeros, automovilistas, mendigos, vendedores de dulces, el dibujante de retratos, los escritores de cafetería, los que protestan en el parque Santander, los jugadores de bingo, el torero sin alternativa.

Un escritor con serios problemas económicos camina con desazón la ciudad hasta recibir la noticia de un prestigioso premio literario.

Y Otoño en las terrazas nos cuenta las peripecias de Miguel Encino, un cuentero que realizaba de su arte un espectáculo parecido al rock: "Los efectos especiales y el láser proliferan, tanto de luz, como de llovizna, granizo, levitación y humo".

La soledad se hace aquí presente, el egocentrismo del personaje, su decepción al arribar a Europa y su reencuentro con el amor.

En los relatos mencionados importa menos la descripción que la expresión de los estados interiores. Todo apoya este detenimiento: los personajes, que se vuelven ciertos y "prófugos del cautiverio y la fragilidad de la memoria", surgen de la historia personal, de un terreno más cercano a la ilusión, del deseo de explayar las imágenes subjetivas de la existencia, de lo transitado. Así lo afirma la autora:

Cuando ordenaba los siguientes relatos descubrí con sorpresa y

nostalgia que la mayoría me fue sugerida por frases, evocaciones, ante todo historias narradas por residentes de núcleos afectivos. Ideados en momentos de intensa emoción y por rutas del encantamiento trazadas con gestos, exclamaciones, brillo en las pupilas, superaron por sí mismos la posibilidad del olvido.



Anhelo, regocijo, alegría de la ficción, hechizo, encantamiento. De ahí el título del presente libro, cuya prosa, además de inquietar, seduce, quizá porque las escenas, aparentemente surgidas de la vida cotidiana, restituyen al lector su capacidad de distanciamiento, fabulación y metáfora. Se trata de una travesía por los asuntos que motivaron los sentidos, "por las voces que encandilaron mi imaginación, sentimientos, aromas, colores y sonidos".

El mirar está asociado no solamente a la percepción sino también a nuevas formas de sentir, de vivir e imaginar, lo cual lleva a la profundidad, a la acción e intensidad. Cada suceso está referido como el antiguo cuaderno de bitácora que registra los avatares del viaje.

Recorrido, avance en perspectiva, lo cual supone una visión del ojo abstracto, insondable, perseguidor del acontecimiento ya tamizado por la memoria. Alejamiento, apartamiento que facilita una apreciación subjetiva de las cosas y que recrea la atmósfera envolvente de los objetos, de los actores y protagonistas de las historias.

Los encantamientos propone una fuga similar al escape del tiempo, creadora de la ilusión, del movimiento relativo.

El lugar es el presente de la narración, el tiempo es la memoria; el

tiempo es diferencial, el espacio es unificante. El tiempo son las ocasiones, los acontecimientos tratados por medio de un simbolismo visual que esconde lo fantasmagórico, lo invisible de los días recordados.

La narradora nos hace partícipes de su experiencia sensorial, de la actividad fabuladora del espíritu. Al leer salimos al encuentro de los objetos, recorremos el espacio que nos rodea, vamos a los lugares distantes que nos propone. Tocamos, atrapamos, exploramos. Propicia con ello un juego y una seducción dirigida al lector, quien será atraído a sus amenas páginas.

Igual restituye el espacio vivido a través del ejercicio de la escritura, sin lo cual el mundo añorado se evaporaría para siempre.

Dibuja, caracteriza, personifica, delinea no el retrato ni el dibujo naturalista que brinda una imagen reducida de la realidad. Por el contrario, los relatos nos proveen de la imagen de un espacio compacto, poseedora de cualidades expresivas, la cual nos abre la puerta del reconocimiento y la extrañeza.



Queda claro después de esta pesquisa que el espacio íntimo de *Los encantamientos* no es una mera transposición de los espacios exteriores. Todo lo contrario: la extensión narrada, sus intervalos, la vastedad de lo tratado, se convierten en lo investido de significaciones especiales, aquello que contiene los símbolos y las imágenes: la plaza atestada de falsos soldados españoles, la casona de fríos zaguanes, el patio iluminado, los edificios ruinosos, la caja de música del organillero, el billar del hombre de los mil dientes, la biblioteca de la tía, la sala de la funeraria, el taller de cerámica, la sala del baile, el ataúd blanco de la mascota, las escaleras desvencijadas, el vestí-

bulo atiborrado de cortinajes y muebles apolillados, “las imágenes extrañadas en la taimada oscuridad”. Bachelard llama a estos lugares “refugios”, los recuerdos a los cuales se vuelve durante la vida bajo la forma de ensueños, de fantasías, de imaginación espontánea, libre, creadora.

Fanny Buitrago tiene el privilegio de poder entender los sucesos y objetos particulares como reflejos del sentido de la vida. Su libro *Los encantamientos* se convierte en una incesante exploración y conmovedora aventura, en un puente entre la experiencia cotidiana y la preocupación estética, en un universo de afinidades secretas, tal como lo manifiesta finalmente la narradora: “La imaginación, amiga de antifaces y jugarretas, ha entreverado los temas y acontecimientos, a veces las dedicatorias, como una ofrenda de alegría y reconocimiento”.

GABRIEL ARTURO CASTRO

Sin disimular el afán de autoelogio

Intersticios

Élmer J. Hernández E.

Germinar Ediciones, Ibagué, 2003, 143 págs.

El libro abre y cierra con dos cuentos muy interesantes: *Réquiem para Andrés* y *Los sueños de Cristobalina*, textos bien logrados dentro del género que los editores anuncian desde la portada. Los demás: *Intersticios*, *Un viaje a través de su cuerpo*, *Marta* y *En búsqueda del día*, se confeccionan como relatos que el mismo escritor define como el género de su oficio en la contracarátula, sin disimular el afán de autoelogio y donde cae en sendas contradicciones y que más adelante comentaremos:

Intersticios, es una compilación de relatos en primera, segunda y tercera persona, narrado a partir del

monólogo, describiendo al sujeto en un entorno familiar y de amistad, desentrañando la vivencia regional. *Intersticios* está escrito con una diáfana prosa, enmarcada en un alto contenido poético: la metáfora es un canto de belleza gramatical que dibuja las sensaciones. Se denota madurez literaria y una apropiada interpretación de la sabiduría popular.



Entre los dos cuentos mencionados existe una distancia y un espacio considerables; es decir, cuatro elaboraciones distintas, un abismo visto desde la concepción del arte de narrar.

El relato, en sentido técnico, se crea por la separación entre el destinatario y la historia, aquél no puede conocerla más que por medio de un narrador (el autor o el narratario) y una narración (el acto de narrar), que convierte el argumento en trama, para obviar la distancia entre historia y destinatario —distancia casi siempre temporal— el relato recurre a la descripción, al diálogo, al monólogo interior (claro, no en el caso de *Intersticios*, pues esta modalidad narrativa es una forma de autoanálisis del personaje, en cuya vida interior se nos introduce directamente, apareciendo el inconsciente y la yuxtaposición de pensamientos íntimos desmembrados).

Recordemos que Genette (*Figures III*) señala como marca primordial del relato la presencia de una doble articulación temporal, creada por la ausencia del destinatario en el momento de la acción.

Lo anterior se verifica en los relatos mencionados, los cuales son monólogos donde un personaje toma la palabra y pronuncia un discurso, en el que expone sus pensamientos o sus razonamientos, fren-